



Bernardo, Pedro, Acursio, Adyuto y Otón, discípulos de San Francisco, partieron en 1219 de Italia a España para predicar el Evangelio a los musulmanes. Los prendieron en Sevilla, desterrándolos a Marruecos, donde continuaron predicando. Apresados de nuevo en la ciudad de Marrakech, los encarcelaron y torturaron. El rey del país los condenó

a muerte en 1220. San Francisco, al enterarse del martirio, exclamó: «¡Ya puedo decir que tengo cinco auténticos hermanos menores!». San Antonio, presente en el traslado de sus reliquias a Coimbra, decidió hacerse franciscano. Fueron canonizados por Sixto IV en 1481.

Recogemos la presentación que del martirio ofrece la Orden de los Hermanos Menores, en el Oficio de lectura

El bienaventurado Francisco, llevado de inspiración divina, escogió a seis de sus mejores hijos y los envió a predicar la fe católica entre infieles.

Se pusieron en camino hacia España y llegaron al reino de Aragón, en donde enfermó gravemente fray Vidal, y, no logrando reponerse en su salud, dispuso que sus cinco compañeros prosiguieran la empresa, para no contradecir la voluntad del Seráfico Padre, y para no demorar por su causa la obra emprendida por Dios. Estos cinco hermanos, obedientes a los deseos de fray Vidal, que se quedó reponiéndose de su enfermedad, se dirigieron a Coimbra y desde allí a Sevilla, pero antes se despojaron del hábito religioso.

Cierto día, confortados espiritualmente, salieron por la ciudad de Sevilla con el propósito de visitar la mezquita principal y de entrar en ella; pero los sarracenos se lo impidieron, empleando la fuerza, a gritos, empujones y golpes. Apresados, fueron conducidos al palacio de su soberano, ante quien estos varones de Dios aseguraron ser mensajeros del Rey de reyes, Cristo Jesús. Tras una exposición de las principales verdades de la fe católica y animando a sus oyentes a que se convirtieran y se bautizaran, el rey, enfurecido por tanta osadía, mandó que fueran decapitados inmediatamente. Mas su Consejo, presente allí, sugirió al rey que suspendiera la sentencia, dejándoles ir a Marruecos, en conformidad con los deseos manifestados por ellos.

Llegados a Marruecos, sin pérdida de tiempo predicaron el Evangelio, especialmente en el zoco mayor de la ciudad. Se comunicó esta nueva al Sultán, quien dispuso que fueran encarcelados sin demora. Veinte días permanecieron en

prisión, sin darles alimento, ni bebidas, confortados sólo con la refección del espíritu. Acabada esta reclusión, fueron llevados a la presencia del Sultán, e, interrogados, siguieron firmes en sus decisiones anteriormente manifestadas de plena fidelidad a la religión católica. Encolerizado el Sultán, mandó que fueran azotados, y que, separados los unos de los otros en diversas cárceles, fueran sometidos a intensas torturas.

Los esbirros, una vez esposados los santos varones, ligados los pies, y con sogas puestas al cuello, los arrastraron con tanta violencia, que casi se les salían las entrañas por las heridas abiertas en sus cuerpos. Sobre esas mismas heridas arrojaban aceite y vinagre hirviendo, y esparcieron por el suelo los vidrios que contenían esos líquidos para que se les clavaran al pasar por encima de ellos. Toda la noche duró este tormento, bajo la custodia de unos treinta sarracenos, quienes los flagelaron sin ningún miramiento.

La mañana siguiente, reclamados por el Sultán, fueron trasladados semidesnudos y descalzos, mientras eran golpeados. Se repitió el interrogatorio, siendo idénticas las respuestas, por lo que el soberano cambió de táctica, haciendo traer hermosas mujeres, a las que recluyó con ellos, mientras les increpaba: «Convertíos a nuestra religión mahometana y, en premio, os daré por esposas a estas doncellas; os colmaré de riquezas y seréis honrados por todo mi reino.» La contestación fue unánime: «Quédate con tu dinero, con tus mujeres y con tus honras, que nosotros renunciamos a todos esos bienes pasajeros del mundo por amor a Cristo.»

El rey, al verse desairado, se encolerizó, empuñó la espada y uno a uno, de un tajo, les abrió una brecha en la cabeza; luego, con su propia mano, les clavó en la garganta tres cimitarras. Así murieron. *(De la Crónica Oficial de la Orden)*

ILUMINACIÓN BÍBLICA (cfr.Ap. 7, 9-17)

En aquellos días, yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie, delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!»... «Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos...Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

ORACIÓN

Padre misericordioso, que santificaste los comienzos de la Familia Franciscana con la sangre de sus primeros mártires, los santos Bernardo y compañeros, concédenos que, a ejemplo de ellos, sepamos mantenernos firmes en la fe, y con nuestra vida demos testimonio de ti ante los hombres. Por Jesucristo Nuestro Señor.